

El vendedor

Por Camilo Isaza²

Dos, tres, diez segundos, no sé cuántos tardé en caer, sólo pensaba en lo que habría abajo, ¿más áfidos? Espero que no, malditos, no me dejan en paz, están por todas partes. Parece que caí en un charco, ¿será un lago? Mi vida con los áfidos comenzó hace un año, ¿o dos? Siempre pierdo las cuentas, recuerdo que fue después de recibir unos resultados, cuando un médico, con voz de metal, me dijo secamente: lo siento. Y me entregó un sobre. Sólo fui por una tos seca, imparable, que parecía que iba reventar mis cuerdas vocales, pero el médico hizo mil pruebas y luego vino con un sobre, su rostro permanecía impávido, esperando alguna reacción, ¿una lágrima? ¿Un grito? ¿Un alarido? Mi rostro era sólo un interrogante; huí del lugar.

Este lago huele mal, no sé cómo llegué aquí, dejaré de probar sustancias extrañas, por culpa de ellas no le puse cuidado al médico, aunque sean éstas las únicas que me hacen olvidar de los áfidos. Cuando llegué a mi casa y abrí el sobre vi un insecto, lo vi mientras leía los resultados que no entendía, ni siquiera les puse atención, debía ser una fórmula médica. El insecto estaba sobre un signo de suma, era diminuto, como transparente, como amorfo. Lo soplé y cayó en mi mano, ¿sería una nueva especie de pulga? Guardé el sobre en mi abrigo, iba a soplar de nuevo, pero éste se incrustó, bajó, ingresó por la dermis, la epidermis y la hipodermis, y llegó hasta uno de mis órganos, no sé cuál, pero allá lo sentía, aún lo siento, sólo que ahora no sé ni dónde está, porque ya cada día soy menos, y aunque yo sea menos, ellos son más, siguen incrustándose y entran más y más en mí, algunos han subido a mi cerebro: penetran ideas, perforan recuerdos, quizás por eso no sé muy bien la fecha ni la razón por la que caí a este lugar, pero su historia sí, esa sí que la recuerdo, esa aún no la devoran.

El áfido se acomodó, creo, que en mi estómago, y es ahí donde comienza mi drama, ¿o comenzó con el sobre? Yo sentía cómo el áfido se comía todo lo que yo comía, y aunque comiera diez veces, o veinte, mi hambre continuaba igual mientras sentía un peso extra, era mínimo, pero yo sentía un cuerpo extraño. Fueron tres o cuatro semanas en las que percibía que recorría mi cuerpo, que saltaba de órgano en órgano, para ver cuál era más cómodo, quizás. Desde entonces no volví a dormir, cada vez que intentaba cerrar los ojos sentía que estaba saltando en mi cabeza y, entonces, yo me quedaba astutamente quieto para que saliera a través de mi cuero cabelludo, o de un poro, pero el áfido estaba dentro de mi cráneo, no debía ser tan fuerte como para perforarlo. A veces lo sentía debajo de algún poro, pero estaba tan gordo que ya no cabía, no podía salir ¿Cómo sacarlo de ahí?

Opté por dejar de comer, quizás así sería diminuto, y saldría, buscaría otro cuerpo: alguno menos sensible, que no se percatara de sus recorridos, de sus saltos de órgano en órgano a lo largo del día, alguno de un ciego para que no viera cómo se incrustaba en su interior y posiblemente así ignorara que un diminuto insecto, ahora más grande, se ha metido en él. Los días pasaban y yo comía menos, reduje ciertos alimentos, comía cosas poco comunes, con sabores extravagantes, para que así, quizás, no optara por comerles, y el bicho todo lo comía, parecía encantarle, pues incluso devoraba las migajas a media noche; sentía cómo saltaba del pulmón a mi estómago, y luego volvía a su cama ¿Y si sacaba mi pulmón derecho? Parecía tan cómodo allí. A veces respiraba muy rápido para despertarlo, para que se espantara, pero éste permanecía, incluso podía escuchar una especie de ronquido.

φ Estudiante de Filosofía y Letras / Lenguas Modernas de la Universidad de Caldas. camilo19521@gmail.com

Me sometí a una dieta, a pesar de mi delicada condición de salud, ya que la tos aumentaba y todas las enfermedades parecían entrar en mí sin ningún impedimento, mis defensas parecían ser mínimas, supongo que los áfidos las destruían. Tomé anfetaminas y toda clase de drogas que redujeran el apetito, y entonces, éste maldito insecto se enfadó, me mordió y perforó mi pulmón derecho.

En mi trabajo me despidieron, mi aspecto físico era el de un drogadicto psicótico. La falta de comida, de sueño y de ganas de vivir hicieron eso de mí, así que mi rendimiento era casi nulo. Cuando me miraba en el espejo veía a otro sujeto, pero aún era un ser humano, creo que ya no lo soy, cada vez que me reduzco creo que soy menos ¿Es este lugar un basurero? Hay tanta basura en esta agua ¿Qué habrá en el fondo? ¿Dónde estará la salida? Fue en el momento de mi despido cuando me convertí en un vendedor.

Ahora soy un vendedor. Por cierto, uno muy astuto, uno de esos que hacen un montón de dinero con lo que les valió poco, o nada, uno de esos que engañan a sus clientes y que no sienten temor por eso, que venden productos malos. Y no es precisamente porque yo venda licores adulterados, o trafique con drogas. Tampoco soy un hombre que vende su cuerpo sexualmente, ni tampoco soy un proxeneta, soy, de hecho, un hombre que vende sus órganos. Vendo uno a uno, no sé hasta cuándo pueda resistir, pero hago una fortuna con eso, además, no tengo que darle comisión a nadie. No debo pagarle un porcentaje a la naturaleza, ni tampoco debo entregarle una recompensa a Dios, pues nunca firmé un contrato. Algunos dirán que soy un estúpido, porque reduzco mi vida cada vez que vendo un órgano, pero los estúpidos serían ellos, como lo son mis clientes porque no saben que todos esos órganos han sido perforados por los áfidos, los contienen, y por lo tanto son inútiles, están contaminados.

Comencé con mi pulmón derecho, por el que se me salía el aire. Cuando conseguí el contacto estaba nervioso; un doctor que se había inmiscuido en el mercado negro ¿Y si notaba que mi pulmón estaba roto? ¿Y si el médico era muy astuto y veía al insecto? Descubriría que era un áfido, como lo descubrí yo tiempo después, cuando comprendí que era un insecto de 1 mm como mínimo, que comía plantas y que su especie posee un estilete en su aparato bucal, capaz de atravesar la epidermis ¿Y si sabía que mi áfido era una especie de mutación, que era carnívoro y que comía órganos humanos?

La operación fue un éxito. Desperté con una cicatriz de la cirugía, y con una paz en mi cuerpo que me indicaban que el áfido había sido removido. Sin embargo, en la noche, cuando por fin había conseguido dormir un poco, sentí que había saltado a mi estómago, que buscaba algo de comer. Mi desespero fue mayor cuando noté que en mi pulmón izquierdo había otro, al igual que en el páncreas, y en el bazo, y en los intestinos.

Mi deseo por vender los órganos era inmenso, me pregunto aún para qué el par, si puedo sobrevivir con uno, para qué darles comodidad a esos áfidos, pero a la vez sentía que me iba desintegrando ¿Con cuántos órganos sigo siendo humano? ¿Qué me hace humano? ¿La cantidad de órganos, el hecho de tener un cerebro racional, un ego y una personalidad? Pensaba si aún lo era; ahora sólo soy los restos de aquél. En este momento ya no me queda más por vender, o podría morir, aunque me pregunto: ¿Será que comprarían mi cerebro? Prometo que aún tiene buena información, y que no tiene muchas manías raras ¿O será que me compran la piel? No tiene muchas arrugas y está sin acné...

Estos áfidos fueron comenzando a subir hacia mi cerebro y a instalarse allí; algunos parecían comer por secciones. Primero comieron recuerdos íntimos y bonitos, y dejaron los malos: eliminaron el recuerdo de mis amores correspondidos, se comieron también mis sueños, las ensoñaciones psicodélicas que muchas veces experimenté, también eliminaron el sonido de las olas del mar. Se comieron mi percepción de los colores, los rostros de las personas que amo y el nombre de mi mamá. Se comieron los pocos instantes de gozo que he tenido, ya no sé ni siquiera si algún día fui feliz, tampoco sé si alguna vez hice el amor o si sólo fue sexo, pues dejaron los recuerdos de muchas personas con quienes estuve, pero ya no están sus rostros, ¿será que alguno de ellos tuvo áfidos? ¿Alguien me contagió? Ellos me dejaron la sensación de que estaba vacío, de que no tenía órganos, las declaraciones que nunca hice, también dejaron mis fracasos, mis miedos y dejaron vislumbrando en mi consciencia que yo tenía alguna especie de locura o paranoia.

Pero eso no fue todo, se comieron lo máspreciado que tenía: los recuerdos de los libros que algún día leí ¿A dónde se dirigía Odiseo? Se han comido la palabra de su tierra ¿Quién le ayuda a soportar tanta bondad al doctor Jekyll? Y aunque Adán no parezca estar perdido en el paraíso, según recuerdo, alguien lo acompañaba, pero lo peor es que aún sigo sin creer que Shakespeare haya escrito esta tragedia donde muere Julieta y que no haya otro personaje, sólo me quedó la idea de una obra sin sentido. Mis áfidos se le comieron la boca al Principito, también las ideas a Platón y las historias a Sherezade. Y no saciados con eso, siguieron con las voces que un día me deleitaron, éstas ya no suenan igual en mi cabeza, se han comido pedazos de aquellos sonidos y ahora están desafinados y sin vibrato; las notas altas se las tragaron y las bastante bajas también, ¿será que son muy cultos los desgraciados? Porque también se han comido las palabras bonitas que coleccioné cuando era niño, y que tardé tantas veces en aprender, repitiendo cada noche 10 veces, ¿cuáles eran? “Vertiginoso” ¿Y cuál más...? Se comieron mis esperanzas, mi Yo. Están comiéndose mi consciencia y ahora que recuerdo fue por eso que salí corriendo de mi casa, porque ellos, una vez que se terminaron de comer mis recuerdos, que perforaron los órganos impares que me quedaban, saltaron a mi cama, al tapete y a cualquier lugar, y cuando intenté bañarme con límpido, como había estado haciendo para expurgarme, se enfurecieron, me mordieron y me hicieron huir.

¿Qué queda ahora? Nada. Me lo quitaron todo, mi casa, mis recuerdos, mi ser, todo lo que un día fui y tuve; creo que fueron ellos quienes se comieron la tapa del alcantarillado en el que parezco haber caído, ¿estarán aún dentro de mí? ¿Serán este bulto en mi abrigo, paradójicamente el mismo que usé el día que se me incrustó el primero?

VIH+ -lee el hombre en el documento- con la luz del alba que empieza a filtrarse por el hueco del alcantarillado en el que cayó, mientras decide sumergirse en las aguas negras en las que se encuentra, intentando morir ahogado en esa viscosidad, con el asco en su cumbre, satisfecho porque al menos los áfidos también van a morir, porque ahora también son VIH+ ¿Lo fueron siempre acaso?

